

56
2691c
2-R

Oficina Causas 557

EOS



Tomo VIII / = Precio: 15 CÉNTIMOS = Cuaderno 115

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
Falcó y Borrásé -
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

El pueblo ruso con todas
las llaves de su casa.

Un importante documento histórico

Nota del gobierno de los soviets a Wilson

En su segunda edición del 23 de Enero, La Nación trajo una referencia telegráfica de la áspera nota que en el mes de Octubre anterior pasó el gobierno de los soviets al presidente Wilson, con motivo de la liga de las naciones y las intenciones de los aliados respecto de Rusia. Hemos conseguido la traducción de esta nota y nos es grato satisfacer, al publicarla, la curiosidad e interés que despertó en todos los que leyeron los pocos párrafos transmitidos telegráficamente a La Nación. Cumplimos con ello un deber de información, puesto que tan interesante documento no ha podido ser publicado, por diversos motivos, en ningún otro periódico de esta República. No es otro nuestro propósito: se trata de un documento histórico, y toda persona inteligente y preocupada por los graves acontecimientos del mundo, nos agradecerá que se lo hagamos conocer. Lo que todos deseamos, sin duda, es saber lo que en el mundo, y especialmente en Rusia, sucede. En cualquiera otra ocasión, siempre que algún documento político tan importante como éste no hallare cabida en la prensa diaria, nos será asimismo muy grato publicarlo en nuestras páginas.

La presente nota fué entregada por el Comisario del pueblo para las Relaciones Exteriores, Tchitcherin, al agregado a la legación de Noruega en Moscú, Christiansen, para ser remitida al presidente Wilson, y la publicó el diario Isvestia, órgano del Comité Central de los Soviets, el 25 de Octubre próximo pasado.
—Nota de la Dirección de «Nosotros».

*Al señor Presidente de los Estados Unidos
de Norte América, señor Woodrow Wilson:*

Señor Presidente: En su mensaje al Congreso de los E. U. de Norte América del 8 de enero, proposición 6ª, ha proclamado Vd. su simpatía profunda hacia el pueblo ruso, que en aquellos días tuvo que tratar a solas con el poderoso imperialismo alemán. Dijo Vd. que en su programa está comprendida la liberación de todos los territorios rusos y la solución de todas las cuestiones en que intervienen intereses de Rusia, en el sentido de garantizar a este país la cooperación amplia y libre de las demás naciones para que pueda proseguir con plena libertad su desarrollo político y entrar en la sociedad de las naciones, donde habrá de recibir una acogida cordial, cualesquiera que sean las formas de gobierno propio que libremente elija para sí; y asegurándole también a Rusia toda la ayuda que pudiera precisar o que ella misma pidiera. Agregó Vd., por fin, que la actitud de las demás grandes naciones frente a Rusia, durante los próximos meses, sería la piedra de toque de sus buenos sentimientos para con ella, de la comprensión de sus necesidades, distintas de los intereses propios de estas naciones, y asimismo de la sabiduría y del desinterés que animaran estas simpatías.

Parecía que la lucha que hemos soportado en Brest-Litovsk con el imperialismo alemán había aumentado aún sus simpatías para con la Rusia de los Soviets, pues el Congreso de los Soviets que ratificara la paz de Brest-Litovsk, bajo la amenaza de invasión alemana, ha recibido su mensaje de saludo en el que se confirma que la Rusia de los Soviets puede contar con el apoyo de América.

Desde entonces hasta hoy han pasado seis meses, y el pueblo ruso ha tenido suficiente tiempo para enterarse de

cuáles son los buenos sentimientos de ese Gobierno y de sus aliados, como también de la sabiduría y desinterés que animan sus simpatías. Se han manifestado, primero, en que con la ayuda pecuniaria de sus aliados los franceses, y también con la cooperación diplomática de su Gobierno, fué organizada la conspiración checo-eslovaca en el territorio de Rusia, a la que el gobierno de Vd. está apoyando en toda forma. Durante cierto tiempo se hacían tentativas de encontrar un pretexto para la guerra entre los E. U. de Norte América y Rusia, mediante la difusión de la especie de que los prisioneros de guerra alemanes se habían apoderado del ferrocarril Trans-siberiano; pero los mismos oficiales norteamericanos, y más tarde el jefe de la misión de la Cruz roja norteamericana, se convencieron de que todo eso era completamente falso. La sublevación de los checo-eslovacos fué organizada bajo el lema de defenderlos de que los deportáramos para Alemania y Austria. Pero Vd. podía informarse además, por la carta abierta del capitán Sadouille, miembro de la misión militar francesa, de que tal especie carecía de todo fundamento real. Los checo-eslovacos no habían salido aún de Rusia en los comienzos del presente año, porque el gobierno francés no les había mandado buques. Hemos esperado varios meses a que sus aliados suministraran a los checo-eslovacos los medios para que salieran del país. Esos gobiernos preferían evidentemente la presencia de los checo-eslovacos en Rusia, con fines que bien han demostrado los acontecimientos posteriores, y no su llegada a Francia para que participasen en la guerra, en el frente francés.

La mejor demostración del verdadero carácter de la sublevación checo-eslovaca está en que, habiéndose los checo-eslovacos apoderado del ferrocarril Trans-siberiano, no lo utilizaron para salir del país, sino que, obedeciendo órdenes de los gobiernos aliados, prefirieron constituirse, en la misma Rusia, como apoyo de la contra-revolución. Este motín contrarrevolucionario, que ha hecho imposible el transporte de pan y petróleo por el Volga, que ha cortado las comunicaciones entre la Rusia europea y las

reservas de pan y otros productos de Siberia, condenando al hambre a los obreros y campesinos de Rusia,—ésto es lo que se ha visto, en realidad, de parte de su gobierno de Vd. y los de sus aliados, después de las promesas dadas en el comienzo de este año.

Más tarde fueron los campesinos y obreros de Rusia atacados por los ejércitos aliados, incluso con la participación de los norteamericanos, desde el norte de Rusia. Una invasión de las provincias rusas cometida sin motivo alguno, sin declaración de guerra, apoderándose de las ciudades y aldeas rusas, fusilando a los funcionarios de los soviets y cometiendo actos de violencia contra la población pacífica.

Usted, señor Presidente, dió la promesa a Rusia de ayudarla para que pudiera resolver libremente y sin trabas el problema de su desarrollo político y el de las relaciones entre sus nacionalidades. La realidad es que, primero los checo-eslovacos y después los ejércitos de Vd. y de sus aliados—en Arkángel, en Murmania y en el Lejano Oriente—trataban de imponer por fuerza al pueblo ruso la dominación de los amos y clases explotadoras, cuyo poder fué derribado por los obreros y campesinos de Rusia en octubre del año pasado.

La galvanización de la contra-revolución rusa—que ya es un cadáver—, la tentativa de restablecer por la fuerza su poder sanguinario: hé aquí lo que ha visto el pueblo ruso, en lugar de la cooperación a la libre expresión de su voluntad, que le fué prometida por Vd., señor Presidente, en sus públicas declaraciones.

Lo mismo prometió Vd., señor Presidente, prestar ayuda al pueblo ruso, en su lucha por la independencia. Lo que en verdad ha sucedido es que, mientras en el frente sud luchaba el pueblo ruso contra la contrarrevolución,—que se ha vendido al imperialismo germánico,—y veía amenazada su independencia; mientras el pueblo ruso hacía esfuerzos extremos en el frente occidental para defender su territorio, fué obligado a llevar sus ejércitos al Oriente, contra los checo-eslova-

cos que le traían la esclavitud y, al Norte, contra los ejércitos de Vd., de sus aliados, y de la contrarrevolución que al amparo de esos ejércitos iba organizándose.

La piedra de toque para las relaciones de los Estados Unidos de Norte América y nosotros, ha dado resultados contrarios a lo que pudo esperarse, después de su mensaje al Congreso, señor Presidente. Nosotros no tenemos, sin embargo, motivo de descontento frente a estos resultados, pues las violencias de la contrarrevolución en el Este y Norte, han demostrado claramente a los obreros y campesinos de Rusia cuales eran los fines de la contrarrevolución y de los amigos de ella en el extranjero, y debido a eso se ha formado en el pueblo ruso una voluntad férrea para defender su libertad, conquistada por la revolución, para defensa de la tierra, entregada a los campesinos, y para defensa de las fábricas, poseídas hoy por los obreros. Después de la caída de Kazan, Simbirsk, Syzrañ y Samara, no puede Vd. en adelante, señor Presidente, abrigar dudas sobre los resultados de las proposiciones del 8 de enero. Lo que estábamos sufriendo nos ha ayudado en la obra de crear un ejército bien organizado y disciplinado que diariamente crece en valor y aprende a defender la revolución. La antedicha actitud de su gobierno y de sus aliados, no nos ha hecho, pues, perecer. Por el contrario, somos ahora más fuertes que hace varios meses; y las negociaciones para la paz general que Vd. propone, nos hallan en plena fuerza y en medio de una actividad enérgica que nos da motivo para declarar, en nombre de Rusia, que estamos dispuestos a participar en ellas.

Como condición preliminar para el armisticio, durante el cual han de empezar las negociaciones de paz, puso Vd., en su nota a Alemania, la evacuación de las regiones ocupadas. Nosotros también estamos prontos a concluir un armisticio en esas condiciones, y le pedimos que nos notifique, señor Presidente, cuándo piensan Vd. y sus aliados retirar sus ejércitos de Murmania, Arkángel y Siberia. Declara Vd. también que no habrá armisticio si, durante

la evacuación de las provincias ocupadas, no cesa Alemania en sus atropellos y saqueos. Permítanos sacar de esto la deducción de que esperemos que Vd. y sus aliados han de ordenar a los checo-eslovacos que nos devuelvan la parte de las reservas de oro que nos hayan robado en Kazan; y que ustedes les prohiban, para cuando se vean obligados a salir del país (y ya haremos nosotros lo posible para que salgan aun antes que lleguen las órdenes de ustedes), la continuación de sus robos y atropellos contra los obreros y campesinos, que hasta ahora han cometido.

En cuanto a las demás condiciones de paz, consistentes en que los gobiernos que hayan de firmarla deben ser representantes de la voluntad popular, ya sabe Vd. que nuestro gobierno llena completamente este requisito. Nuestro gobierno representa la voluntad de los Consejos de los diputados, obreros y campesinos y del Ejército Rojo, que representan no menos de ochenta por ciento del pueblo ruso, mientras no se puede decir lo mismo del gobierno de usted. No obstante eso, nosotros, en interés de la humanidad y de la paz, no exigimos como condición necesaria de las negociaciones generales de paz, que todos los pueblos participantes de ellas hayan de estar representados por consejos de comisarios del pueblo electos en los congresos de diputados, obreros, campesinos y soldados. Nosotros sabemos que esta forma de gobierno será pronto la forma general y que será precisamente esa paz general la que, habiendo libertado a los pueblos de las amenazas de total destrucción y dejándoles en despejada condición de hacer justicia al régimen y a las oligarquías que han arrojado a la humanidad en una matanza mundial, indudablemente conducirá a los pueblos desgarrados a la implantación del régimen de los soviets, como expresión fiel de su propia voluntad.

Estando conformes en participar en las negociaciones, aun con gobiernos que no han llegado a ser la expresión de la voluntad de los pueblos, nosotros, como cambio, requerimos de Vd., señor Presidente, que nos informe detalladamente de cómo concibe Vd. la liga de las naciones

que, según su idea, habrá de coronar la obra de la paz.

Reivindica Vd. la independencia de Polonia, de Serbia, de Bélgica y la libertad de los pueblos de Austria-Hungría. Probablemente quiere Vd. que, en todas partes, las masas populares tomen su suerte en sus propias manos, para formar después una sociedad de naciones libres; pero es particular que no vemos entre estas reivindicaciones ni la libertad de Irlanda ni tampoco de las Filipinas, cuyos pueblos lamentaríamos ver en la imposibilidad de participar, por medio de representantes libremente nombrados, en la organización de la Sociedad de las naciones. También queremos saber, señor Presidente, para principiar las negociaciones tendientes a la creación de la liga de las naciones, cómo concibe Vd. la solución de problemas de toda clase de índole económica, cosa que tiene esencial importancia para la obra de la paz futura. No menciona Vd. el asunto de los gastos de guerra, que serían una carga aplastadora sobre las espaldas de las masas populares, en el caso de que la liga de las naciones no se niegue a pagar a los capitalistas de todos los países, sus empréstitos. Usted sabrá, como nosotros, señor Presidente; que esta guerra es el resultado de la política de todos los Estados capitalistas; que los gobiernos de todos los países participan a cual más en los armamentos; que en esa política de presa tomaban parte los grupos capitalistas de todas las naciones civilizadas, y que, por eso mismo, sería demasiado injusto que las masas populares, después de haber pagado por esa política con la sangre de millones de hombres y con la ruina económica, tuvieran todavía que pagar a los verdaderos culpables de esta guerra una contribución, en premio a tal política, causa de tantas desgracias. Creemos por eso, señor Presidente, que la Liga de las Naciones establecerá, como cimiento de ella, la negativa a pagar los empréstitos de guerra.

En cuanto a la restauración de los países devastados por la guerra, consideramos muy justo que todos los pueblos ayuden a las desventuradas Bélgica, Polonia

y Serbia. Y a pesar de la ruina y pobreza de Rusia, anunciamos que ella está dispuesta a ayudar con todo lo que pueda a estas víctimas de la guerra, confiando asimismo en que el capital americano, que no ha sufrido nada en esta guerra, sino que, al contrario, ha obtenido de ella muchos miles de millones en ganancia, no dejará de ayudar, en la medida de sus fuerzas, a estos pueblos desgraciados.

Pero es que la Liga de las Naciones, no sólo debe liquidar esta guerra, sino también hacer imposibles las guerras para el porvenir. Usted, señor Presidente, no ignora, sin duda, que los capitalistas de su país piensan continuar en el futuro la misma acostumbrada política de presa y ganancias excesivas en China y en Siberia; y también por temor a la competencia de los capitalistas japoneses, la preparación de la fuerza militar necesaria para vencer la resistencia del Japón. No desconoce Vd., sin duda, la existencia de planes semejantes entre los círculos capitalistas que dominan en los demás países, relativos a otros territorios y otros pueblos. Enterado de eso, tendrá Vd. que estar de acuerdo con nosotros en que no se pueden dejar las fábricas, bancos y minas en manos de particulares, quienes siempre emplean los enormes medios de producción, creados por las masas populares, en exportar productos y capital al extranjero, obteniendo así grandes ganancias, mediante la forzada adquisición de esos productos y capitales,—y provocando luchas imperialistas, en la lucha por el botín. Proponemos, en vista de eso, señor Presidente, que una de las bases de la Liga de las Naciones sea la expropiación de los capitalistas de todos los países. En su país de Vd., señor Presidente, están los bancos y la industria en manos de un grupo de gentes, tan reducido, que según aseguraba su amigo personal, el coronel Robins, sería suficiente tomar presos a unos veinte jefes de pandillas capitalistas, y entregar a las masas populares todo lo que, por los métodos propios al mundo capitalista, se ha concentrado en manos de

aquéllos, para dejar con sólo eso eliminada la causa principal de nuevas guerras.

Si Vd. está conforme con esto, señor Presidente; si por este camino se pone término a todas las causas de futuras guerras, no cabe duda de que entonces será fácil derribar todas las murallas económicas, y teniendo todos los pueblos en sus manos sus propios medios de producción, se encontrarán esencialmente interesados en el intercambio de los productos que no necesitan para su propio consumo. Habrá en este caso un intercambio de productos entre las naciones, y cada una de ellas se ocupará en producir los artículos que sabe y puede producir mejor, y la sociedad de las naciones será una sociedad de ayuda mutua de las masas trabajadoras; y entonces se podrán reducir las fuerzas armadas hasta los límites necesarios para la seguridad en el interior. Nosotros sabemos muy bien que las clases capitalistas tratarán de fomentar disturbios internos, como lo hacen hoy día los terratenientes y capitalistas de Rusia, que, con ayuda de la fuerza armada americana, inglesa y francesa, tratan de quitar las fábricas a los obreros y la tierra a los campesinos.

Pero si los trabajadores quebraran, entusiasmados con su idea de la Sociedad de las Naciones, la resistencia de los capitalistas americanos, entonces, ni los capitalistas alemanes ni ningunos otros significarían un peligro serio para la clase obrera victoriosa; pues sería suficiente que cada ciudadano, trabajando seis horas en la fábrica, dedicara dos horas por día, durante algunos meses, a aprender el manejo de las armas, para que el pueblo supiera vencer el peligro interno.

Como ve, señor Presidente, a pesar de que ya conocemos el valor de sus promesas, nos hemos colocado sin embargo, en el plano de sus proposiciones sobre la paz internacional y la Liga de las Naciones; pero hemos tratado de profundizar tales proposiciones, para que no dieran resultados tan contradictorios como resultó con sus promesas de ayuda a Rusia. Hemos tratado de

dar a sus proposiciones sobre la Liga de las Naciones una forma tal, que de la liga de las naciones no resulte una liga de los capitalistas contra los pueblos.

Si usted está de acuerdo con nosotros, no nos oponemos a la «discusión pública de las condiciones de paz», como lo exige el primer párrafo de su programa de paz. No discutiremos mucho sobre los detalles, si son aceptadas en conjunto nuestras proposiciones.

Pero puede haber otra cosa. Nos estamos dirigiendo al Presidente de la incursión a Arkángel y de la invasión a Siberia, que es al mismo tiempo el Presidente del programa pacífico de la Sociedad de las Naciones. ¿Será el primero el verdadero presidente, el director de la política del gobierno capitalista americano? ¿No será el gobierno americano el gobierno de las compañías accionistas americanas, de los trusts americanos, industriales, comerciales y ferroviarios; en una palabra, el gobierno de los capitalistas americanos? ¿Y no sucederá que de las proposiciones sobre la Liga de las Naciones, de las cuales es autor este gobierno, resulten nuevas cadenas para los pueblos, un nuevo trust internacional para explotar a las naciones débiles?

En tal caso, señor Presidente, usted no podrá contestar a nuestras preguntas, y nosotros diremos a los trabajadores de todos los países:— «¡Todavía están pereciendo millones de nuestros hermanos en la guerra, a la que os ha arrojado la burguesía de todos los países, y ya los jefes capitalistas tratan entre ellos para unirse contra vosotros, y aplastaros, cuando los sobrevivientes de la guerra les pidan cuentas a los culpables de ella!»

Con todo, señor Presidente, como nosotros no queremos guerra con América, aun cuando el gobierno no haya sido sustituido ahí por un Consejo de los Comisarios del Pueblo, y usted mismo por Eugenio Debs (que usted tiene ahora preso en la cárcel), y como tampoco queremos guerra con Inglaterra, aun cuando el gobierno de Lloyd George no ha sido sustituido todavía allí por un Consejo de Comisarios del Pueblo, encabezado por Mac

Clean; y como tampoco queremos guerra con Francia, aun cuando el gobierno capitalista de Clemenceau no ha sido aún sustituido por el Gobierno obrero de Merrheim; y del mismo modo que hemos firmado la paz con el gobierno imperialista de Alemania, encabezado por el emperador Guillermo—, con el cual usted, señor Presidente, tiene más afinidad que nosotros, el gobierno de los obreros y campesinos; nosotros, en fin, proponemos a la consideración de usted y de sus aliados las preguntas siguientes, requiriendo contestaciones exactas y conducentes:

¿Tienen intención los gobiernos de América, Francia e Inglaterra de dejar de exigir la sangre del pueblo ruso y las vidas de los ciudadanos rusos, si el pueblo ruso acuerda pagarles el rescate, a la manera que una persona asaltada inesperadamente se rescata de aquel que la ha asaltado?

¿En este caso, qué contribución exigen del pueblo ruso los gobiernos de América, Francia e Inglaterra? ¿concesiones? ¿la entrega en ciertas condiciones de los ferrocarriles, de minas de oro, etc., o territorios? ¿alguna parte de la Siberia o del Cáucaso o de la costa de Murmania?

Esperamos también su contestación, señor Presidente, sobre si la alianza entre su gobierno y los gobiernos de las demás potencias de la Entente tiene el carácter de una asociación semejante a una sociedad por acciones para percibir dividendos en Rusia, o si su gobierno y los gobiernos de la Entente nos presentarán sus exigencias por separado, y cuáles, precisamente.

Nos interesa, en particular, conocer las exigencias de sus aliados los franceses, en la cuestión de los miles de millones de rublos que los banqueros parisienses han prestado a los opresores de Rusia, enemigos de este pueblo, al criminal gobierno del Zar; no dejando de considerar que usted, señor Presidente, sabe sin duda, como también sus aliados franceses, que el pueblo ruso, agotado por la guerra y no habiendo tenido todavía tiempo para aprovechar de los beneficios del régimen popular de los Concejos, y levantar su economía nacional, no podrá pagar a los banqueros franceses toda su contribución por los miles de

millones gastados por el gobierno del Zar en detrimento de los intereses del pueblo, ni aun en el caso en que usted y sus aliados consiguieran esclavizar y anegar en sangre todo el territorio ruso; cosa que no conseguirán, gracias a la resistencia de nuestro heroico, revolucionario, Ejército Rojo. Queremos saber si sus aliados franceses exigen el pago de sólo una parte de esa contribución, y a plazos, y en este caso qué parte precisamente, y si preven que sus exigencias acarrearán otras semejantes de parte de los demás acreedores del vergonzoso gobierno del Zar, derribado por el pueblo ruso.

Nosotros no podemos creer que su gobierno y el de sus aliados no tengan todavía lista una contestación al respecto, en este momento en que los ejércitos de ustedes hacen esfuerzos para avanzar en nuestro territorio, con fines evidentes de conquista y esclavización de nuestro país.

El pueblo ruso tiene en el ejército popular rojo un celoso guardián de su territorio, que lucha heroicamente contra la invasión. Pero suponemos que también el gobierno de usted y de las demás potencias de la «Entente» han de tener listos los planes, perfectamente elaborados, por los que están ustedes derramando la sangre de sus soldados. Estamos esperando que ustedes nos expongan sus exigencias con toda claridad y precisión.

Pero si nuestras esperanzas son defraudadas; si ustedes no contestan a nuestras preguntas, — tan francas como precisas — sacaremos de ello la deducción inequívoca de que su gobierno y los gobiernos de sus aliados quieren obtener del pueblo ruso una contribución en oro, en materias primas y en territorios. Y así se lo diremos al pueblo ruso y a las clases trabajadoras de los demás países. El silencio de usted será para nosotros una respuesta; y el pueblo ruso comprenderá que las exigencias de su gobierno y de los gobiernos aliados con usted, son tan pesadas y enormes, que todavía no desean ustedes comunicárselas al gobierno ruso.

El Comisario del pueblo para las Relaciones Exteriores,—TCHITCHERIN.

Disertación de Ruy Barbosa

II

Francia, desapercibida para la guerra, opone al genio de la organización el genio de la improvisación, las facultades creadoras que éste encierra y que aquél no posee; crea, para armarse, una metalurgia nueva; improvisa una resistencia sorprendente; desenvuelve virtudes inesperadas y se excede a sí misma en los campos de batalla. Inglaterra, militarmente desorganizada, obligada a medirse con el enemigo en siete u ocho frentes diversos, sobrecargada en el océano con la policía de los mares, inquietada en su propio territorio por la campaña aérea, entrega serenamente a la muerte la flor de su aristocracia y de su cultura, cúbrese de laureles en los combates, y levanta por el voluntariado, en diez y ocho meses, un ejército de cinco millones de hombres. Bélgica, salteada por la más imprevista de las invasiones, levanta la mano de la industria, para tomar la espada, la carabina, la lanza, y sobre los restos del terruño patrio, lacerada, incendiada, atormentada pero no acobardada, no deshonrada, no aplastada, llena la historia con el incomparable asombro de su nobleza, de su energía y de su heroísmo. Suiza, irreductible en su libertad y en su democracia, se impone, con el civismo de sus milicias, al respeto de los beligerantes, cuyas fronteras la sitian por todos lados. Los Estados Unidos, sin ejército ni marina correspondientes a sus responsabilidades, a los problemas de su política externa, a las condiciones de su situación internacional, no recelan por la

seguridad de su posición en el continente, ni temen hallar agotado, cuando lo busquen, ese reservatorio de virtudes y energías, donde los pueblos libres saben encontrar, al primer grito de la necesidad, los elementos de su defensa.

Un escritor de ese país, discurrendo sobre la historia de una de las más agitadas repúblicas sudamericanas, comprobó que ella, durante los primeros veinte años de su existencia independiente, había lidiado en más de ciento veinte batallas. Con ese campo de ejercicios constante para las cualidades «viriles y aventureras», que se preconizan como las ventajas de las naciones militarizadas, ¿quién admitirá sin embargo cotejo entre esas democracias batalladoras y la de Estados Unidos, enemiga de la guerra, por su índole, por su historia, por sus instituciones, por sus costumbres? Turquía es la nación más militarizada de toda Europa; Inglaterra, la menos. ¿Cuál de las dos, por lo que es, daría, de los principios que la modelan, más favorable idea?

¿Dirán que la guerra estimula la industria y el comercio? A veces, pero transitoriamente. Fué lo que ocurrió, por ejemplo, después de la campaña ruso-japonesa. Hubo países, como Estados Unidos, cuyas ventas al Japón, a Rusia y a China, crecieron después de esa guerra. Pero a la excitación sucedió casi en seguida, una depresión profunda. La guerra mató centenas de millares de hombres, empobreció millones; y los dos países, postrados por la sangría, tuvieron que economizar por muchos años en la proporción correspondiente al decrecimiento de sus recursos con los sacrificios de la lucha. Naturalmente, es lo que sucederá, también, pasada la guerra actual.

Las cifras con que habrían de calcularse los perjuicios de esta conflagración inaudita serían de una inmensidad casi astronómica. Ya se computan en trece millones los hombres que ella ha devorado, consumido o puesto fuera

de combate. Pero cuando debajo de esta partida tremenda, inscribamos en millares de millones las sumas de moneda consumida, las indemnizaciones, las requisiciones, las asolaciones, las ciudades arrasadas, las provincias taladas, lo incalculable de los cultivos, de las florestas, de los campos, donde a la población sucedió la soledad y a las cosechas sucedió la hecatombe, la imaginación retrocederá despavorida. No hicieron tanto esos antiguos déspotas chinos, cuya carnicería apenas alcanzaba a suprimir un millón de vidas en decenas de años de reinado, ni esos conquistadores orientales que señalaban con pirámides de cráneos humanos el paso de sus armas.

* * *

Si «las guerras de resistencia a la agresión o las de socorro a los oprimidos han dado motivo a espléndidas irradiaciones de heroísmo», es que ellas nacen de la conciencia jurídica en los que se defienden, o de la abnegación por la solidaridad humana en los que se sacrifican. Esas mismas proezas de verdadero heroísmo, el de aquellos que se matan por el derecho, suyo o ajeno, constituyen la más directa condenación de la guerra, que baila su danza macabra sobre esas virtudes, y alfombra con esas vidas preciosas el campo abominable de sus mataderos.

Sacad esas excepciones, en las cuales lo que brilla no son los beneficios de la guerra sino las palmas de sus mártires, y lo que la historia nos enseña es que la guerra nace de la tiranía, o la engendra, que la guerra choca con las instituciones libres y las destruye, que la guerra deshumaniza las almas y las corrompe, que la guerra descristianiza las sociedades y las barbariza, que la guerra divide los pueblos en castas y los esclaviza, que la guerra atenta contra Dios y profana su nombre, asociándole a los más horrendos salvajismos. Las naciones que se dicen organizadas por ella, constituídas para ella y por ella engrandecidas, son máquinas de combate, mecanismos de agresión, donde en la piel de cada individuo está me-

tido el sargento instructor, donde se reduce la ciencia a un papel disminuído y subalterno, donde la educación militarista mata la iniciativa, proscribte el ideal, automatiza la vida, regimenta la sociedad, imprime a todo la nota de la dependencia militar, y hace de la guerra la verdadera religión nacional.

* * *

La militarización de las potencias divide al mundo en naciones de presa y naciones de pasto, unas constituídas para la soberanía y la rapiña, otras para la servidumbre y la carniza.

* * *

...Pero donde se pronuncia su carácter superlativamente agresivo, es en la guerra preventiva, invención digna de la barbarie destilada por la cultura. Un país declara la guerra al otro, lo invade y lo devasta, aunque no haya recibido de él ofensa alguna y apenas se defiende contra el invasor después de la invasión. Pero no por eso se excede. Estaba en su derecho; hizo muy bien; porque allá tenía él sus razones para creer que, si no se anticipaba, otros países enemigos suyos se le adelantarían a ocupar el territorio de aquél. Es como si yo me apoderase de la casa del vecino y la incendiase, por creer que otro de la vecindad, si yo no me apresurase a quemarla, se me anticiparía a consumir ese atentado. Esa excusa, entre individuos, no libraría al criminal de la responsabilidad y de la cárcel, si no de la muerte. Pero entre naciones, es la base de una teoría, el fundamento de una generalización, la justificación de una ley nueva.

Cuatrocientos diez y seis años antes de Cristo, narra Tucídides que Atenas debatiendo con el pueblo de la pequeña isla de Melo el dilema de sujeción o exterminio que le imponía, cortó la cuestión, diciendo: «bien sabéis, como nosotros, que en el orden del mundo sólo se habla de derecho entre iguales en fuerza». Entre fuertes y flacos, los fuertes hacen lo que pueden, y los débiles sufren lo que deben.

(Seguirá)

056
c691c
e. n.

Oficina Cangei

EOS



Tomo VIII = Precio: 15 CÉNTIMOS = Cuaderno 116

Administración:

7.^a Avenida, Este. 42

San José, C. R.

EOS

Propietarios:

Falcó y Borrásé

Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

*San José de Costa Rica,
14 de junio de 1919.*

A los Señores Representantes de los Estados latinos de América

y muy particularmente a los Señores Representantes de Chile y de México,

respetuosamente:

Sois testigos de la situación de Costa Rica:

por un lado, un Gobierno que se cree obligado a mantenerse contra la voluntad manifiesta de la mayoría de la Nación;

por otro lado, un pueblo—simbolizado, como lo habéis visto, por las mujeres y los niños encabezadores de los recientes movimientos—que busca afligido el amparo de los extraños, sin medir responsabilidades ni calcular consecuencias.

¿Seréis pasivos espectadores de los acontecimientos que van a desarrollarse próximamente? ¿Habéis medido vosotros responsabilidades y calculado consecuencias en lo que directamente os concierne?

Señores: con la experiencia de medio siglo y con todo el fuego de un amor razonado a la Patria, invoco para Ella, públicamente, el heroísmo del pueblo mexicano en la defensa de su autonomía y la sabia política internacional que ha cimentado la grandeza de Chile.

ELÍAS JIMENEZ ROJAS

Hacia el individualismo y las nacionalidades coherentes

Posibles consecuencias de la Gran Guerra.

Respuesta del ilustre argentino Ernesto Nelson a la encuesta del Committee on the War and Religious Outlook de EE. UU.

Extracto de E. J. R.

Si la Gran Guerra ha asegurado a la humanidad contra los peligros de nuevas conflagraciones en el futuro, la consecuencia será de la mayor trascendencia para la especie humana. Me refiero al cambio en las relaciones recíprocas entre el individuo y el Estado.

I

1.—La posibilidad permanente de agresiones exteriores sancionó desde temprano *el ideal nacional de eficiencia*, y tal peligro hizo aceptable por parte del individuo la absorción de sus libertades por un gobierno central que en retribución garantizase un *statuo quo* de paz y de tranquilidad o la victoria contra los enemigos posibles.

2.—Rigiendo la ley de fuerza en lo internacional, aquélla debió ser la suprema ley en lo nacional; trayendo ello una abdicación del albedrío individual, que ha impedido el reinado más amplio de la libertad, aun en las naciones más eminentemente democráticas.

3.—Como consecuencia colateral, ese reconocimiento de la fuerza como suprema razón exaltó las actividades

del hombre sobre las de la mujer, dando a aquéllas indebida superioridad, y desarrollando desmesuradamente el tipo masculino de civilización.

4.—La subordinación del individuo al Estado ha tenido por resultado substituir los valores esenciales humanos por valores ficticios.

La investidura oficial da a los hombres un valor que se superpone al que procede de sus méritos intrínsecos. A menudo esos valores políticos nacen del ejercicio de las facultades humanas al servicio del doctrinarismo del Estado en persecución del ideal de eficiencia, no siempre sinónimo del ideal de justicia. El panteón de los grandes hombres de la espada o de la pluma, así en la política como en la literatura y en el arte, está lleno de falsos héroes cuyos méritos repudia la conciencia individual libre de compromisos con un Estado temeroso de agresión exterior.

5.—La relación del individuo con el Estado ha afectado la finalidad de la educación. Esta ha sido un instrumento en manos del Estado, de que se ha valido para realizar sus propios fines de eficiencia social y de consolidación del orden y de conservación de lo existente, más bien que como una oportunidad para ensanchar el radio de la libertad individual y acrecentar la eficiencia personal en persecución de los propios fines del individuo. En este antagonismo se encierra el conflicto secular entre el ideal del educador y las finalidades educacionales puestas en evidencia por la práctica didáctica en todos los países del mundo.

6.—Así como la investidura oficial da a los hombres un valor convencional, así también es inseparable de la vida política de las naciones el reconocimiento de jerarquías en los lugares geográficos, de acuerdo con el rango que éstos ocupan en la división administrativa. La importancia ficticia que así adquieren ciertas zonas, afecta el libre juego de los factores económicos que dan a las regiones su importancia respectiva y atraen a ellas la población. Por otra parte, una clasificación política del territorio

atenta contra los sentimientos naturales de adhesión y lealtad del hombre para con el lugar de nacimiento, impidiendo que prospere un sano regionalismo.

II

1.—La absoluta seguridad internacional reducirá considerablemente la necesidad de muchas de las atribuciones del Estado y aflojará los vínculos del tácito pacto entre aquél y el individuo. Los derechos de este último acrecen a medida que los del Estado pierden su autoridad.

2.—La abolición del servicio obligatorio será la primera de una serie de aboliciones de servicios y servidumbres que otrora fueron aceptados por el individuo, pero que perderán su justificación una vez desaparecido el peligro que aglutina los grupos en unidades predatorias o defensivas.

3.—Suprimido el fundamento de la solidaridad entre los grandes grupos en vastas zonas de territorio, con propósitos de agresión o defensa, se robustecerán los vínculos de solidaridad entre los pequeños grupos cuyos individuos sienten las mismas necesidades. Las poblaciones locales reivindicarán el derecho de darse su propio gobierno político, manteniendo bajo su control la administración de lo que concierne a la educación de los hijos o lo que afecta la vida, la salud, el bienestar económico de los habitantes. Exigirán la autonomía en la imposición de gravámenes y la libertad en la aplicación de sus recursos económicos. Estas libertades sufrirán las limitaciones que las mismas poblaciones se impongan de acuerdo con nuevos pactos en cuya virtud se formen más extensos conglomerados políticos o económicos, cuyos componentes se despojen de ciertas atribuciones para lograr algún beneficio mediante la asociación; pero el carácter de tales pactos será contractual y económico más bien que obligatorio y político.

4.—Así como las concesiones a la libertad e iniciativa personal por parte de instituciones paternalistas (ejército,

escuelas, cárceles, etc.), han liberado en el individuo una fuerza nueva cuya existencia no se sospechaba, así también el reconocimiento de la libertad regional y la abolición del paternalismo estadual liberará una fuerza nueva y pondrá en movimiento raudales de originalidad, iniciativa, sana emulación y desinteresada cooperación.

5.—El hombre será la fuente de todo derecho y de toda razón; no el Estado; y para hacer que esos derechos no entren en conflicto ni sean sacrificados en obsequio de fines demasiado remotos, las unidades políticas serán pequeñas, circunscritas a la zona en que un mismo ambiente físico-económico imprime a los habitantes necesidades y aspiraciones semejantes.

6.—A la centralización social presente sucederá una descentralización que creará un civismo regional y una nueva cultura. Al dogmatismo político fuente de ese doctrinarismo que es una de las causas de la inquietud cultural de la hora presente, sucederá un pragmatismo basado en la aceptación de los hechos y las costumbres y el reconocimiento de las diferencias individuales. El orden social dependerá más de las sanciones de la opinión pública en comunidades donde las relaciones de vecindad son estrechas o íntimas—que de las abstracciones de la ley que pretende legislar en zonas dilatadas de espacio y de tiempo.

7.—La vida social será más intensa en la periferia que en el centro, y desaparecerán los actuales prestigios del metropolitanismo, con el decrecimiento fatal de las actividades políticas de centralización. La época que se inicia llevará a su crisis final el sistema parlamentario, puesto que será en ella posible hacer de la democracia una realidad, abjurando de sus símbolos aparatosos y superficiales. Los jefes de Estado serán meros administradores de ciertos servicios generales.

8.—El socialismo salvará la crisis a que lo llevara la presente guerra, que puso en conflicto los postulados internacionalistas de la doctrina socialista y sus actividades que en realidad eran cooperadoras de la acción del Es-

tado. El socialismo encontrará su campo de acción en el gobierno comunal, asemejándose al tipo inglés actual y alejándose de las normas del socialismo francés y alemán.

9.—Al mismo tiempo que se producirá una como condensación del nacionalismo gracias a la intensificación de la vida política y social en los núcleos regionales soberanos, se producirá una expansión de la idea federativa hacia otros grupos más vastos que las actuales naciones; lo cual no es sino una consecuencia de la ventaja de llevar a su mayor límite posible la celebración de pactos entre los diferentes grupos humanos.

10.—El patriotismo será un sentimiento de lealtad al terruño, que no excluirá la benevolencia para los demás grupos sociales. Desaparecida la superestructura que altera el valor de la acción humana haciendo del individuo un servidor de los fines agresivos del Estado, la moral pública coincidirá con la moral privada. Las virtudes de la benevolencia, y hasta del sacrificio del propio interés, serán posibles cuando los valores en juego no sean tan formidables como son hoy los que tienen en el tapete los gobiernos de los grandes grupos llamados naciones.

11.—Debilitado el dogmatismo político, templado el doctrinarismo por una aceptación más amplia de la realidad de la vida, la religión se hará menos dogmática y más tolerante con las interpretaciones individuales. La religión cristiana, especialmente el catolicismo, podrá volver a las prácticas simples y directas de la religión cristiana primitiva.

12.—La educación será más cuestión del individuo que cuestión del Estado. Su finalidad de eficiencia nacional y su rol de conservadora de la estratificación social dará paso a una función cualitativa, de perfeccionamiento del individuo, dando a éste la mayor autonomía en la elección de las vías culturales. Siendo la educación función de los pequeños grupos autónomos y soberanos, su gobierno vendrá a quedar en manos de aquellos directamente afectados por su marcha, e interesados, por lo tanto, en su perfeccionamiento.

13.—La desvinculación del Estado con respecto al gobierno de la Universidad (en los países que todavía retienen el tipo napoleónico de universidades «nacionales») hará posible el reemplazo de la función puramente profesional por la función cultural, educativa y libre. Ello quitará la situación de privilegio de que gozan en esos países las carreras profesionales y las pondrá democráticamente en el mismo pie de las actividades comerciales e industriales, con inmensa ventaja para la democratización de la cultura.

14.—El ideal de eficiencia personal diversificará la cultura, al revés de lo que sucede con el ideal de eficiencia nacional, que tiende a unificarla dentro de normas férreas en que no cabe el respeto a la idiosincrasia individual. No será pues un inconveniente sino, al contrario, un beneficio, la diversidad cultural nacida de las múltiples tendencias regionales en los grupos políticos autónomos.

15.—Despojada de los prestigios del Estado, será cada vez menos un signo de clase y cada vez más un nivelador de las condiciones sociales. No siendo su finalidad la formación de una *élite*, sino el acrecentamiento del capital psíquico que cada cual aporta, todos los tipos de cultura serán igualmente nobles e importantes.

16.—No conduciendo a la prebenda que comporta la posesión de un título otorgado por el Estado, la educación no será competitiva ni servidora del privilegio. La escuela se adaptará al individuo, no el individuo a la escuela. Cada uno tendrá derecho a una educación adaptada a sus capacidades.

17.—El reconocimiento de la autonomía regional establecerá el equilibrio entre la población y el medio en que vive; hará cesar la situación de dependencia artificial e injusta de unas zonas respecto de otras; dignificará la vida provincial y rural; despertará una sana emulación regional que se traducirá en la ejecución de obras de utilidad y de ornato; provocará, en suma, un renacimiento del viejo esplendor regional sofocado por el

advenimiento de las grandes nacionalidades y la omnipotencia cesarista del Estado, que absorbió las viejas libertades.

18.—La democracia no es completa si no se asienta sobre el reconocimiento de la soberanía local, último compromiso tolerable por la soberanía individual.

La participación del ciudadano en la elección de un presidente de república, de un miembro de congreso o de un gobernador de provincia, es más un símbolo de soberanía popular que una realidad práctica. En cambio, la participación del ciudadano en las normas de educación que reciben sus hijos, en el reparto de los impuestos, en la inversión de los recursos públicos locales, en la protección de su salud y su vida, es lo que presta realidad e interés al ejercicio de la soberanía individual.

Disertación de Ruy Barbosa

III

En la última conferencia de La Haya, señores, lo contrario sostuvieron todas las naciones hispano-americanas. Con el mayor ardor nos batimos allí todos por la igualdad jurídica de todos los Estados soberanos. Tal prestigio asumió este principio en aquella asamblea incomparable, que, por no aceptarlo, cayó con estruendo el proyecto de organización de la corte de justicia arbitral, aun cuando era formulado por las grandes potencias, que lo abandonaron luego casi todas, no pudiendo salvarlo.

Es que los términos del pleito eran ya los mismos que en el siglo v antes de Cristo, cuando la poderosa Atenas discutía con los isleños de Melo.

Cuando se habla hoy de Estados pequeños, éstos son los no inscritos en el papel de las grandes potencias, esto es, todos los Estados más débiles, los menos armados. De suerte que, además de los Estados territorialmente pequeños de Europa, la lista abarca la América entera, excep-

tuada la Unión norteamericana y el Dominio del Canadá. Toda la América latina, por lo tanto, entrará, con Bélgica, Holanda, Escandinavia, Suiza, Portugal, Grecia, Serbia, Bulgaria, Rumanía y Montenegro, en la lista de esas entidades inferiores, cuyo destino, por la ley de que el poder es el derecho, se halla a merced de los señores de la fuerza.

No importa que los pequeños Estados hayan sido tal vez (el concepto es de Bryce) «los más poderosos y útiles factores en el adelanto de la civilización». No importa que a esos pequeños Estados «deba el mundo mucho más que a las monarquías militantes» desde Luis XIV hasta hoy. No importa que la Gran Bretaña fuese, dada su población, un pequeño Estado, cuando produjo a Shakespeare, Bacon y Milton, como un pequeño Estado eran los Estados Unidos cuando produjeron a Wáshington y Franklin, Jéfferson y Marshall. No importa que en uno de esos dos pequeños Estados se elaborase el derecho común anglosajón y en el otro la carta de la Unión americana. No importa que en pequeños Estados hayan venido a luz el Antiguo Testamento, los Poemas Homéricos, la Divina Comedia, el Renacimiento Italiano. No importa que la Alemania de Kant y Lessing, de Goethe y de Schiller no fuese más que un grupo de principados y ciudades libres. No importa que a pequeños Estados, como el de Atenas, el de Florencia, el de Weimar, esté ligada la humanidad por deudas inestimables. No importa que pequeños Estados hayan dado a la tierra espectáculos y lecciones de inconmensurable grandeza moral, como el de la emancipación helvética, hace seiscientos años, y el de la lucha de las Provincias Unidas de los Países Bajos contra el coloso de la monarquía española. No importa que el valor de Holanda y de Bélgica, como elementos esenciales del equilibrio europeo, esté consagrado por los actos de la política inglesa en el siglo XIV, en el siglo XVI, en el siglo XVII, en el siglo XVIII, en el siglo XIX, defendiendo los Países Bajos desde Felipe II, Luis XIV, Napoleón I, hasta hoy, la libertad europea. No importa el papel de los pequeños Estados en la América latina, cuando su insurrec-



ción, al principio del siglo XVIII, atajando el vuelo a la Santa Alianza, tanto contribuyó para la desopresión de Europa. No importa que entre esos Estados haya países, como la República Argentina, Chile, el Brasil, de inmensos territorios, grandes poblaciones, riquezas maravillosas, alta cultura política y fastos que honran la historia de la especie humana.

Nada importa; porque sólo una consideración se tendrá en cuenta: la de su inferioridad militar, la de su insuficiencia guerrera, la de su desventaja en una comparación de fuerzas con las grandes naciones armadas.

Para éstas no existe ninguna ley según la moderna moral bélica, a no ser la de que la fuerza prima al derecho, la de que el derecho es apenas un accesorio de la fuerza. Según los magnates del sistema, los pequeños Estados constituyen, para la tranquilidad de los grandes, un riesgo perpetuo, son entre las potencias el pomo de la discordia, dan causa frecuente a la guerra, y le deparan campo habitual en sus territorios mal defendidos.

«¿Cuándo fué» (la pregunta es de Geffken, que no sufre la sospecha de ser latino). «cuando fué que Holanda, Bélgica o Suiza fomentaron jamás la discordia entre los Estados vecinos?» Ciertamente nunca. Mas «La raison du plus fort est toujours la meilleure.»

La fábula de La Fontaine encierra en sí toda la evolución contemporánea del derecho de gentes culto. ¿Qué le vale al cordero estar bebiendo más abajo que el lobo en el arroyo, si a despecho de la evidencia, el apetito del carnicero voraz le arguye que le enturbia las aguas?

Treitschke, el maestro de Bernhardt, considera «una desgracia» que el derecho internacional tuviese por patria, durante tanto tiempo, países como Bélgica y Holanda. «Esos países, dice él, en continuo riesgo de ser atacados, tienen una concepción sentimental de esa materia, y, por eso, su tendencia es apelar para ante

el vencedor en nombre de la humanidad, cómo si tales apelaciones no fueran antinaturales e insensatas, por la contradicción en que se hallan con el poder del Estado.»

A los ojos de los superhombres, que el insigne profesor representa, «Bélgica, siendo un Estado neutral, es por su naturaleza un estado Emasculado.» El epíteto es de un insigne historiador. ¡Ved, sin embargo, cuál es la falta de virilidad en las legiones del rey Alberto! Así, cuando los estados poderosos neutralizaren una nación culta y libre, no será para asegurarle la independencia, sino para sujetarla a la tutela de los fuertes.

Nada obsta que esa independencia tenga la fianza de un tratado, y no sólo un tratado especial, sino de la convención general de La Haya, que declara inviolable el territorio neutral. Nada obsta; porque los tratados son guñapos de papel. En firmar guñapos de papel fué, pues, en lo que nos estuvimos ocupando, en las conferencias de 1889 y 1907, los cuarenta y tantos Estados que allí sesudamente nos reunimos. El mundo entero se indignó contra la franqueza de la nueva doctrina. Pero no tenía razón. Es una doctrina sincera. No intenta engañar a nadie. Y tiene el mérito de compendiar en una sola palabra la inmensa revolución por que pasó, manipulada por los intereses de la guerra, la moral humana.

Si los tratados son guñapos de papel, porque se consignan en papeles, trapos de papel son todos los contratos, porque todos sobre papel se escriben. Si porque celebramos en el papel los tratados, no son por eso sino guñapos de papel, nada más que guñapos son igualmente las leyes, que en el papel se formulan, decretan y promulgan. Si los tratados, porque reciben en el papel su forma visible, a trapos de papel se reducen, las constituciones, que en el papel se pactan, no pasan de guñapos de papel. Trapos de papel mayores o menores, pero al fin todo papel, y en guñapos. De manera que todo el

comercio humano, todas las relaciones de la sociedad, todos los derechos y deberes, la familia, la patria, la civilización, el Estado, toda la fábrica del mundo racional, bien sumadas las cuentas, no vienen a ser otra cosa sino una trapería de papel, inútil o valioso, conforme se trate de imponer a los flacos, o de servir a los fuertes.

Menos aún que el papel es la palabra, porque es un sople; y, sin embargo, se imaginaba otrora que ella vincula a los reyes y los pueblos, a los hombres y los númenes. El verbo de Dios, antes de registrado en las Santas Escrituras, el juramento de la consagración de los soberanos, en la inauguración de las constituciones, en la investidura de las dignidades, en la deposición de los testigos, la tradición en la memoria de las gentes, la elocuencia en la voz de los tribunos, todo es palabra; la palabra cuyo fiat, en el génesis, creó el mundo, y cuya vibración, en la historia, transforma y revoluciona el universo.

Cuando la palabra se transfiere de la voz al papel, creía el vulgo ingenuo que ella subía un grado en la escala de la seguridad, no porque la conciencia valga más escrita que hablada, sino porque, hablada, no deja, como en la escritura, el rastro de su autenticidad. De ahí el valor del papel, que no comunica su destructibilidad a su contenido, antes recibe de lo que contiene su inviolabilidad. Esa es la nobleza del papel. En el papel se salvaron todos los monumentos de las letras antiguas. En el papel se perpetuaban los antiguos forarios de los municipios libres. En el papel se escribió La Magna Carta. En el papel fija la matemática sus cálculos, la química sus fórmulas, la geografía sus posiciones, la astronomía sus medidas. En el papel fué donde Le Verrier descubrió a Neptuno. Al papel es a quien la amistad, el derecho, el honor, confían sus secretos, sus deudas, sus compromisos. Es en el papel donde la ciencia, la literatura, las instituciones eternizan sus obras primas, sus títulos de estabilidad, los archivos de su pasado, las garantías de su porvenir. Todo el universo moral, todo el universo político, todo el universo humano, asienta, hoy, en trapos de papel. Los ven-

davales de la guerra pasan sobre él y lo arrebatan, lo dispersan, lo destruyen. Es por eso por lo que ella empieza incendiando bibliotecas. Son amontonamientos de papel, asilos del polvo, de la polilla y de la inteligencia. La guerra, entregándolos a las llamas, sana el planeta. Dios no lo creó para el verbo sino para el hierro.

Si hubiera que acatar esos papeles, esos papeluchos, esa papelería, la guerra estaría desarmada. A cada paso el fantasma de un derecho, el tropiezo de una convención, la impertinencia de una garantía. «Cedant arma togae,» decía otrora el mundo. Pero hoy, lo que se dice al mundo, es que «cedat jus armis,» ceda el derecho a la fuerza. Y como la fuerza tiene su culminación en la guerra, la guerra es la ley de las leyes, la justicia de las justicias, la soberanía de las soberanías.

Esa grandeza no tolera la libertad ni la humanidad, ni la honestidad. Si un individuo repudiase su firma en un contrato legítimo, a título de que era un trapo de papel, nadie le consideraría hombre de bien. Pero si una nación repudia tratados solemnes a título de que son papeluchos, nadie osará decir que hizo lo que no debía. Porque la fuerza es el juez de sus derechos, la guerra es la árbitra de sus poderes, y todas las convenciones internacionales encierran la cláusula, subentendida siempre, del «rebus sic stantibus,» mientras las circunstancias no mudaren; esto es, mientras otra no sea la voluntad soberana del más fuerte.

(*Seguid.*)

De todo

Allá como aquí...

¿Han oído ustedes hablar de Sarmiento a los mejores argentinos? Pues vean de conciliar el elogio al reformador y la censura de la reforma, en el momento de la cosecha, pronunciados por unos mismos labios.

Nosotros, una de las más autorizadas revistas en lengua española, nos habla de los feos sucesos de la segunda semana de enero en Buenos Aires: un movimiento obrero mal apreciado y cruelmente reprimido: de setecientos a mil muertos, millares de heridos; los judíos de la ciudad injustamente

acusados y ultrajados, asaltados en sus hogares por los funcionarios del orden, maltratados los niños y las mujeres, etc. Y luego concluye:

«Por el honor de la República, *Nosotros* reclama que todas esas ligas pro-patria y pro-argentinidad, todas esas guardias cívicas y policías civiles que proclaman una estulta guerra santa contra el extranjero, que desembozadamente anuncian la mordaza para los propagandistas de ideas que no sean las propias, que nos retrotraen a los tiempos de la mazorca, dominando con el más odioso y temible de los terrores—aquél que se yergue como brazo necesario del orden—, sean impedidas, en nombre del artículo 22 de la Constitución, de cumplir su obra nefasta.

Mas vayamos al fondo de la cuestión. En último análisis el problema es educacional. La tarea de reformar la mentalidad argentina, incumbe a la escuela, principalmente a la secundaria. La vida es una misión que el hombre debe cumplir austeramente. Nuestra escuela secundaria no lo enseña. La tenacidad en el esfuerzo, la contracción al trabajo, la disciplina rigurosa, son indispensables para el éxito. Nuestra escuela no lo enseña. El porvenir solicita a los hombres, y la utopía de hoy es la realidad de mañana. Nuestra escuela no lo enseña. El mundo de mañana será de los prácticos, de los técnicos. Hay que saber servirse de las propias manos. Nuestra escuela no lo enseña. La República Argentina está enferma de burocracia. Nuestra escuela debiera señalar ese cáncer. Está enferma de vanas ilusiones. Nuestra escuela debiera desvanecerlas, en vez de fomentárselas. Está enferma de declamación. Nuestra escuela debiera combatir el mal. Hablar es pensar, y allí donde hay logomaquia y difusión, no hay pensamiento. Nuestra escuela cultiva la logomaquia y la difusión.

Nuestra escuela enseña la letra y no el espíritu, inculca fórmulas y no hechos, palabras y no ideas; en su enseñanza falta lo fundamental: la conciencia histórica, la conciencia de que el mundo es un perpetuo devenir. El sentimiento de la continuidad del esfuerzo de las generaciones en el tiempo, y de la solidaridad humana en el espacio, no se adquiere en sus aulas. Tampoco el concepto de la organización social y de los recíprocos deberes. Tampoco el noble sentimiento de la curiosidad, madre de la ciencia. Tampoco la piedad y el espíritu de justicia. Ni la ciencia ni el sentimiento. Así crea generaciones sin siquiera cultura libresca, indiferentes a todo, sin vocación, sin iniciativa, sin la noción de su responsabilidad y sus deberes, ya moralmente relajadas por la tolerancia y concesiones culpadas de las autoridades, con la boca llena de palabras y el cerebro y el corazón vacíos.

Hemos señalado los dos factores esenciales del problema. Hace falta otra educación intelectual y cívica para las jóvenes generaciones y una obra inmediata de reforma social. Las ideas y los buenos propósitos serán los guardianes del orden, y no los discursos y los símbolos; la justicia, y no las bárbaras represiones».

*

Inglaterra y Francia, conviene repetirlo mucho, son los dos pueblos que han soportado la mayor carga durante la guerra. A ellos debemos ante todo el triunfo de la libertad; de la mayor libertad posible por el momento, se entiende. Pero, a mis ojos, el papel de Inglaterra ha sido el principal. Repito así con esto lo que dije desde el comienzo de la guerra (*V. Reproducción*, primer semestre de 1915). Y agregó: la actitud de los hombres de Estado ingleses ha sido la más limpia: lo que ofrecieron lo han cumplido, porque no ofrecieron aquello que no podían cumplir.

*

¿Se han fijado Uds. en la abundancia con que se habla de «nuevas fuerzas sociales», de «cambios profundos en todo orden de cosas», de «cataclismos sin precedente», etc. etc.?—Pues guárdense Uds. de pronunciar la pa-

labra HISTORIA. «La historia son los viejos.—Todos los viejos tienen temperamento histórico. En *épocas de violenta transición* los ancianos son los hombres más incapaces de entender.»

«Yo creo poco favorable para Francia, por ejemplo, que su mayor autoridad gubernativa esté depositada en un octogenario, como es Clemenceau, pues vemos que hay cosas evidentes de las que tarda un poco en enterarse, aun de las que el gran Wilson explica con notoria claridad.»

«Hay que quitarle estimación a la Historia y más aún a los argumentos históricos.»

Guárdense Uds. sobre todo de preguntar si son viejos o jóvenes los verdaderos autores de las verdaderas evoluciones. Yo sé por quien lo digo.

*

El hombre, a semejanza del árbol, es más fuerte, más recio y más frondoso cuanto más profundas tiene sus raíces en el terruño nativo. Más es un hombre de su tiempo, y más trasciende a lo futuro, cuanto más ahonda en las entrañas de su tierra, de su patria, de su historia, de su tradición. Pasan entre el vulgo por hombres nuevos, *progresivos* y creadores los jacobinos del arroyo, los charlatanes de la plazuela, los sofistas de la tribuna, losregoneros del *mitin*. ¡Error, funestísimo error, miserable error! Eso es la selva humana, son los parásitos viles, los bejucos viciosos, las hojas marchitas, las ramas muertas, cuando no las serpientes venenosas.... El hombre grande, heroico, verdadero, es como la encina, que se asienta en la montaña y la perfora con sus raíces para sorber el jugo de los escondidos manantiales.

¡Ay de vosotros, los que vivís en flor de surcos, sin alas para subir al cielo, ni bríos para cavar la tierra! No sin trabajo ni sudor se logran el pan del cuerpo y el pan del espíritu. Es menester hincar el hierro en el duro terrón de las glebas para echar las simientes, y es preciso, también, batir la costra de los siglos para dar con las fuentes de la historia.

Es fuerza remover las ruinas, y levantarlas con amor, y abrir la tierra madre, y descender a los sepulcros y escuchar sus voces inefables, y calar muy hondo en lo que fué, para aclarar lo que es y concebir lo que será. No hay ciencia sin experiencia, ni patria sin tradición. ¡La tradición! ¡Los bárbaros modernos, aun más que los antiguos, la desdeñan o encarnecen! ¡Y aún se apellidan *cien-*

tticos! ¿Qué se diría del *sabio* que despreciase las obras y experiencias de sus predecesores y limitara su labor al experimento propio, al hecho presente, a la prueba momentánea?

Este trozo es de Ricardo León.

*

«Alguien dice con execración:

—El militarismo alemán....

Es el argumento supremo, es la fórmula. Sí, el militarismo alemán es odioso y debe desaparecer. Todo el mundo está de acuerdo en ello, etc.

Pero los que gobiernan el pensamiento abusan de ese acuerdo, porque saben muy bien que donde los simples han dicho: «El militarismo alemán», lo han dicho todo. Se detienen ahí. Amalgaman las dos palabras, confunden el militarismo con Alemania: una vez abatida Alemania, todo habrá sido dicho. Así, se adhiere la mentira a la verdad, y se nos impide ver que el militarismo está en realidad en todas partes, más o menos hipócrita e inconsciente, pero pronto a tomarlo todo, si puede».

De la novela *El hombre es bueno* del ALEMÁN Leonhard Frank.

*

—¡Muchísimo antes de Wilson, bobitos!

El alemán PUFENDORFF (1622-1694) y el inglés LOCKE (1632-1704), continuadores del holandés GROCIO (1583-1646), sostienen

«que nunca deben resolverse por la fuerza las diferencias entre los pueblos; que debe reconocerse la existencia de una justicia internacional, como la hay entre los particulares; que las naciones deben someterse a determinadas reglas, derivadas de los principios de justicia que podríamos llamar eternos y universales, comunes a todos los hombres.»

El texto de la primera página de este cuaderno fué remitido en su día a las Legaciones de Chile y de México. Las personas encargadas de la entrega hicieron comprender a los destinatarios nuestra intención: examinado con serenidad el estado político del país, queríamos provocar una INTERVENCIÓN CONJUNTA de las diversas naciones de América a fin de **restablecer el orden en la República y salvaguardar, en lo posible, los comunes intereses latinoamericanos.**—ELIAS JIMÉNEZ ROJAS.